

recogerla para traerla a Valladolid, donde se estaba reuniendo el regimiento de Milicias; que el hermano de José María Abarca fuese a Pátzcuaro para avisar a los compañeros para que estuvieran preparados; que contábamos con los cuarteles que ocupaban la tropa de milicias, que eran la Compañía y Las Animas, y estaban seguros, porque en uno estaba de guardia Muñiz, y en el otro Ruperto Mier, ambos de confianza, y la partida de Nueva España que mandaba Mariano Quevedo; que Alvarez iría a la casa de J. Alonso Terán, asesor de la intendencia para averiguar lo conveniente y avisarnos. Todo lo acordado se ejecutó inmediatamente, y nosotros, inexpertos, quedamos muy satisfechos de nuestras disposiciones, pareciéndonos que habíamos preparado de tal manera las acciones, que nadie podría con nosotros. Pero no contábamos con que Luis Correa, asustado con la prisión del padre Santa María se presentó ante Terán delatándole todo cuanto sabía. Con esta delación, aunada a la exposición que había hecho el oficial del que hablé antes, de quien habíamos desconfiado -Bustamante insiste en que se trata de Iturbide- el asesor Terán pidió al comandante de armas Lejarza nuestra prisión, habiéndonos apresado a García Obeso y a mí, ese mismo día y conducidos al convento del Carmen. Lo mejor de todo fue que no detuvieron a todos los involucrados, porque Correa no los conocía y no los pudo delatar. El licenciado Soto Saldaña, que veía un poco más lejos, quiso reunir al pueblo y protestar por nuestra prisión, pero se precipitó, y en lugar de esperar y preparar un golpe para lograr nuestra libertad, quiso obrar en el momento; se descubrió y nada hizo; pero pudo salvarse. El mismo día fueron presos Abarca, mi hermano Nicolás y Pedro Rosales. Nuestra conducta en el proceso fue muy buena, de modo que sólo se pudo probar que nosotros queríamos hacer preparativos para que en caso de sucumbir España, este país no siguiera su misma suerte ante Napoleón. Todo esto, manejado por mi primo el licenciado Antonio Labarrieta y otros amigos hábiles, le dio a la causa un aspecto tal, que no se podía en aquellas circunstancias llamarnos criminales, por lo cual el arzobispo virrey Lizana mandó suspender el juicio, destinando a García Obeso a San Luis Potosí, a mi hermano a México y a mí a Jalapa; los demás compañeros quedaron en libertad y continuaron ya con más experiencia sus trabajos en favor de la independencia. De nuestros relacionados en la empresa de 1809 casi todos murieron, y sólo vimos realizada la independencia Antonio Cumplido, Antonio Castro, José María Izazaga, José María Abarca, Lorenzo Carrillo y yo; y no sé si alguno otro».

En su obra sobre la guerra de independencia Carlos María Bustamante narra que esta relación de hechos la recabó, después de muchas instancias, directamente del general Michelena, y agrega, «que una vez que estalló la guerra en Dolores, el recién llegado virrey mandó de nuevo arrestar a Michelena, llevándolo a San Juan de Ulúa, donde fue tratado con la crueldad que acostumbraban los españoles a los presos de ese linaje, lo que le produjo, seguramente por la humedad permanente, tan fuerte y doloroso reumatismo, que fue trasladado en brazos, casi sin movimiento, a la embarcación que lo condujo desterrado a España; también fueron arrestados de nuevo el capitán García Obeso y el padre Santa María; el primero permaneció preso muchos años, hasta que lo rescataron los insurgentes; el segundo logró fugarse del convento de San Diego, pero murió en Acapulco al lado de Morelos en el sitio y toma de ese puerto. Este gran caudillo mostró gran sentimiento por la

muerte del padre Santa María a quien consideraba un hombre sabio, digno de mejor suerte. El asesor Terán, que tan encarnizado enemigo había sido de los hombres de 1809, había concitado tanto odio en contra suya que fue degollado por los insurgentes en el cerro de la Batea, junto con otros españoles, a la entrada de Hidalgo a Valladolid. Al narrar esto -sigue diciendo Bustamante- mi único objeto es hacer que la posteridad, más justa que la generación presente, aprecie en todos sus quilates el mérito y la virtud de los primeros hombres a quienes debemos la independencia de nuestra Patria, y también para que conozcan a los traidores, entre los que se encuentra Agustín de Iturbide, que se constituyó en denunciante de sus compañeros de conjura, dicese que porque no aceptaron nombrarlo mariscal de campo, siendo apenas teniente de milicias en aquella época, frustrando así la primera tentativa de libertad en 1809».

He aquí lo que nos ha expresado Michelena en su relación de hechos; y también lo que ha escrito sobre eso Carlos María Bustamante, que como historiador no es «santo de mi devoción», porque en muchas ocasiones a lo largo de sus obras describe los hechos históricos no como acontecieron, sino como él hubiera deseado que sucedieran; sin embargo, en este caso sí le doy mayor crédito porque tuvo contacto directo con los personajes principales de dicha conjura, pues, tanto Michelena, como García Obeso le otorgaron poder para que gestionara su libertad, lo cual logró sin mucha dificultad, dada sus buenas relaciones con el arzobispo virrey Lizana y Beaumont. ¡Hasta aquí mi comentario sobre esta etapa!

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER

Yo quiero abundar un poco en lo que ha referido el doctor José María Luis Mora sobre la conspiración de Valladolid. En primer lugar, yo no tengo la menor duda de que Agustín de Iturbide fue el traidor que delató a sus compañeros de conjura, aunque Lucas Alamán, lo trató de proteger de ese cargo a toda costa, pero, seguramente, ese conspicuo historiador, genio y figura del partido conservador, ignoraba ó quiso ignorar, la existencia de una carta que le envió el virrey a Iturbide dándole las gracias por su participación en la represión de los conjurados de Valladolid. ¡Quién nos iba a decir que luego se nos aparecería como el «consumador» de nuestra Independencia! Por esa razón don Mariano Michelena al regresar de España en 1822, cuando México ya era independiente, lo primero que hizo fue luchar contra Iturbide que se había proclamado emperador; se adhirió al Plan de Casa Mata que provocó su abdicación; y luego, como integrante del triunvirato gubernativo, aceleró su destierro y promovió la nulidad del Plan de Iguala y de los Tratados de Córdoba. En todos sus discursos, como diputado al Congreso Constituyente, y después como gobernador que fue de su Estado, Michoacán, Michelena siempre llamó «traidor» a Iturbide. Don Mariano fue un convencido federalista, auténtico liberal, masón del rito yorkino, y entre otros grandes servicios que prestó a la Patria, fue el de representarla en el Congreso de América promovido por Simón Bolívar, y como embajador de México en la Gran Bretaña. En fin, fue un gran mexicano, y que bueno que ahora nos acompaña en esta reunión.

Otro aspecto que quiero puntualizar es la gran paradoja que se vivió en América respecto de México y las colonias españolas en la parte Sur del Continente; mientras que aquí habían sido condenados Verdad, Talamantes, Azcárate, Sugasti, Castillejos, Michelena, García Obeso y otros más, por pretender instalar un gobierno provisional mientras se dilucidaba la situación de España, en Buenos Aires, Caracas y Santa Fe, los mismos virreyes, apoyados por las autoridades españolas, establecieron Juntas similares a las de la Península, para que gobernasen durante la ausencia de Fernando VII; esas juntas fueron la base para conseguir después su independencia. ¡Qué diferencia con lo que sucedió aquí en México cuando Iturrigaray trató de hacer lo mismo! El meollo de este asunto fue que aquí los intereses económicos eran superiores a los políticos; los comerciantes de la Capital, en absoluta relación con los de España, organizados -como antes se ha dicho- en Consulados, manejaban, tras bambalinas, el gobierno virreinal; prueba de ello fue que los dos únicos virreyes que se atrevieron a desafiarlos: Iturrigaray y Lizana; los tumbaron del poder; eso sin contar a Pedro de Garibay, que habiéndolo impuesto ellos mismos, tuvieron que derrocarlo porque su ineptitud se había revertido en su contra; y a don Bernardo de Gálvez, que después de haber desdeñado su poder, murió repentina e inexplicablemente. La riqueza de la Nueva España fue el peor obstáculo para su independencia. Los españoles de aquí y de allá no querían dejar de «mamar en esa ubre», a pesar de que ya la tenían casi agotada. Por eso, el interés que demostraron en reconocer a la Junta de Sevilla, porque esa ciudad era el centro comercial de la Metrópoli, y dicha junta estaba integrada en su mayoría por comerciantes. Tiempo después, cuando advirtieron que la Independencia era inevitable se confabularon con Iturbide para consumarla y seguir siendo el «factotum» en el nuevo gobierno, conservando, así, su hegemonía, sus privilegios y sus intereses económicos. Pero, esto ya será materia de otra etapa histórica. ¡Gracias!

MODERADOR

Se concede la palabra al licenciado Michelena por si desea hacer algún comentario relacionado con la conjura de Valladolid.

JOSÉ MARIANO MICHELENA

En verdad, no tengo nada que agregar a lo que aquí se ha dicho; esencialmente así fueron los hechos, como se ha narrado. Solamente quiero agradecer los inmerecidos elogios de fray Servando. Creo, simplemente, que en las diversas responsabilidades que se me encomendaron, hice lo posible por servir con lealtad y patriotismo a mi querido México, no obstante que tuve en mi camino graves tropiezos y mal intencionados detractores, entre ellos algunos pseudo-historiadores, que trataron, inútilmente, de desvirtuar mis acciones.

En cuanto al escrito que el doctor Mora ha leído, quiero confirmar que el criollo y paisano mío al que hago referencia que nos denunció, fue precisamente Agustín de Iturbide, por cuya acción recibió elogiosa retribución de parte del virrey. En ese documento soslayo su nombre, por razones de seguridad personal y para no reavivar

hogueras de odio que el tiempo se había encargado de apagar. Sin embargo, en mis luchas abiertas contra el espúreo imperio de Iturbide, se alentaba en mi interior el aguijón punzante del rencor.

Muchas gracias por recibirme entre ustedes con tantas muestras de cordialidad.

MODERADOR

Si ya nadie desea agregar algo sobre este período, pasaremos al siguiente que es, nada menos que, la guerra de Independencia. Para lo cual hemos invitado, en su primera etapa, a don Miguel Hidalgo y Costilla. Les ruego ponerse de pie, y con el mayor fervor patrio, recibámoslo merecidamente en este recinto.

Se levanta a los dueños de esclavos que los liberen, no pena de muerte.

Miguel Hidalgo y Costilla

Los sentimientos de la Nación deben convertirse en leyes que moderen la opulencia y la indigencia.

José Luis Terreros y Pavón

